

ASCO

*Antonio Oriol Anguera**

Etimología

Del griego *Askos* — *Odre*.
Catalán — *Basqueig*.
Francés — *Degout*.
Inglés — *Loathing, Squeamishness*.
Alemán — *Ekel, Brechreiz*.

Definición

Sensación de repugnancia puesta al servicio de los mecanismos de defensa.

Concepto

Se trata de un capítulo olvidado por los fisiólogos a pesar de que no hay un solo hombre en la tierra que no haya sentido asco en algún momento de su vida.

Urge por lo tanto contestar estas tres preguntas desde una plataforma fisiológica.

¿A qué tenemos asco?

¿Cómo se produce el asco?

¿Por qué se produce el asco?

Intentaremos hacer una descripción del asco a tres niveles:

- 1o. Fisiopatología.
- 2o. Ascopatías.
- 3o. Aplicaciones prácticas.

Antropología del asco

También interesa estudiar el asco desde el punto de vista antropológico. Y de ser posible intentar una explicación genética.

Filogenéticamente el asco comparece con los homínidos.

Ontogenéticamente aparece en nuestras vivencias infantiles con resonancias que emanan del plasma germinativo.

1o. Fisiopatología del asco

Diremos que se trata de una sensación de repugnancia. Como primera aproximación también diremos que el asco está al servicio de los mecanismos de defensa. Esto nos obliga a sistematizar su mecanismo fenomenológico, primero en el terreno fisiológico y luego considerando el asco como una entidad nosológica.

He aquí tres capítulos fundamentales:

Etiología.

Patogenia.

Fenomenología.

Antes de iniciar esta sistematización del asco queremos señalar su acento femenino. Por lo pronto hay dos cosas que son evidentes al primer examen: una, que es más frecuente en la mujer que en el hombre, y otra... que "la mujer hace ascos por cualquier cosa". Para decirlo en dos palabras: la mujer nos gana en frecuencia y umbral.

El desarrollo de esta afirmación nos llevará de la mano a un "asco original" que podría ser la verdadera razón del asco primitivo. A partir de este asco metafísico se originaría un cuadro fisiológico con una finalidad concreta: la que corresponde a un mecanismo de defensa.

La mujer, el "asco original" y la etiología del asco

Para abordar el capítulo de la etiología del asco adelantaremos un aspecto antropológico: el que se deduce de su raíz femenina.

Cualquiera que se lo proponga podría comprobar que la mujer es mucho más propensa

* Escuela Superior de Medicina. IPN.

que el hombre para la fenomenología del asco. Su propensión al vómito ya nos denuncia ciertas repugnancias de las que ella misma no tiene clara conciencia, pero que es fácil atestiguar.

Hay en la mujer un asco esencial que intentaremos comprender, es un asco que arranca de su hondón fecundante y que se debate con todo lo primordial; de aquí que cualquier materia viscosa, mucilaginosa o blanducha le produzca asco, como lo produce un cuerpo en descomposición.

Para decirlo de algún modo: todo lo que recuerde el plasma germinativo, la mórula, las membranas primitivas, limos y loquios... se nos presenta como cosa asquerosa. Podríamos decir que lo abismal de nuestro origen nos provoca náuseas.

Si aceptamos este primer asco como un "asco original" tal vez podamos entender el sentimiento de repugnancia que sentimos hacia todo lo que es blando y tumefacto. Tal por ejemplo, coágulos y flemas. Este asco se exalta si además de blando es móvil, como los gusanos, los sapos y las culebras... El movimiento recuerda lo que está vivo.

Si esto fuera así, la resonancia más antigua del asco arrancaría del barro original. De la placenta primitiva. Del fruto intrauterino. Del plasma germinal.

Sin embargo, hay otras cosas asquerosas que no son blandas ni viscosas. La cucaracha, por ejemplo, es un animal asqueroso, y el ratón produce asco, especialmente a la mujer.

Tal vez este asco frente al ratón y a la cucaracha podríamos atribuirlo a su condición fugitiva. El ratón y la cucaracha son animales nocturnos que habitan en agujeros a los que penetran rápidamente para esconderse. Esto provoca en la mujer el movimiento instintivo de juntar las piernas y ajustarse los vestidos en un enérgico afán de cerrarse herméticamente. Estas resonancias se pueden explicar pensando que la mujer está "abierta". Por lo tanto la etiología del asco surgiría de la presencia de cosas asquerosas las cuales todas ellas tienen algo en común. Su aspecto gelatinoso y repugnante.

Tipos de asco

Si ahora pasamos a la descripción fenomenológica del asco, encontramos cuatro vías

sensoriales de acceso; se trata de receptores nerviosos definidos: vista, tacto, gusto y olfato. En consecuencia deberíamos estudiar cuatro modalidades del asco fisiológico:

- Asco táctil.
- Asco gustativo.
- Asco olfatorio.
- Asco visual.

Nótese que no hay asco auditivo ni sonidos asquerosos. Tampoco surge el asco de las sensaciones propioceptivas.

En definitiva podemos afirmar que el asco tiene estímulos específicos y vías de penetración determinadas.

A partir de estas premisas podemos sistematizar.

Etiología (presencia de cosas asquerosas).

Vías de entrada (cuatro vías sensoriales).

Mecanismos (descargas neurovegetativas puestas al servicio del instinto de conservación).

El asco y el mundo orgánico

Las cosas asquerosas están relacionadas casi siempre con las cosas vivas. Se trata de masas orgánicas de aspecto repugnante.

Nada inorgánico es asqueroso en sí mismo como no sea que proceda directamente de lo orgánico; tal por ejemplo: secreciones y excreciones.

Las espectoraciones rinofaríngeas originan asco al tocarlas o al verlas.

Cuando hablamos de tierras o aguas que provocan asco es porque huelen a cosa orgánica; por ejemplo, a "huevos podridos".

Lo inorgánico sólo puede ser asqueroso si proviene de una descomposición de la materia viva. De ahí la frecuente sensación de "cosa asquerosa" que experimentamos ante gelatinas, papillas, deyecciones y pus.

En general produce asco todo lo inmediato a la vida y todo lo proveniente de ella.

Asco y enfermedad

En el hombre hay un asco gustativo que puede surgir del estómago enfermo o del estómago saciado. También el hombre enfermo experimenta fácilmente un asco olfativo por algo que huele repugnante.

La enfermedad nos predispone al asco. Y este asco es común a los dos sexos.

Recapitulando la etiología, podemos afirmar que todas las formas del asco surgen de la vida o del tacto de cosas orgánicas, degeneradas y sucias. A la mujer le recuerdan los limos originales. Para el hombre el asco no tiene recovecos metafísicos. Se presenta de plano ante cualquier cosa asquerosa.

Puerta principal del asco. Tacto

De todas las vías de penetración del asco, el tacto-contacto es el receptor más importante.

Es bien sabido que el tacto proporciona frecuentemente “sensaciones” fuertes de asco. Es la puerta de entrada más corriente y la más efectiva. Si estudiamos este fenómeno con detenimiento pronto nos damos cuenta de que la repugnancia crece a medida que la cosa asquerosa se acerca a nuestra piel. La “proximidad” del gargajo nos asquea más que el objeto mismo. El contacto directo nos repele hasta el desnudo. Dicho en otros términos la “vista” de la cosa asquerosa puede superarse. El contacto no.

¿Por qué esta especial repugnancia táctil? ¿No sería la defensa contra una posible deformación de nuestro contorno corporal? La imagen del cuerpo ha sido muy estudiada últimamente por antropólogos y psiquiatras.

La piel es una demarcación fronteriza. Sus tejidos son nuestros límites naturales.

Si aceptamos que el asco es un sistema de defensa que desencadena el organismo contra la sustancia asquerosa, podríamos dar una explicación de la angustia vertebrada al asco táctil, diciendo que se trata de defender nuestra integridad, es decir, el llamado “espacio vivencial”.

Tratemos de comprender esta idea. Por un lado las sustancias asquerosas son pegajosas y se adhieren a la superficie; se enganchan.

Por otro lado, nuestro espacio vivencial conforma una figura geométrica que delimita nuestra imagen del cuerpo. Desde este punto de vista la piel sería una expresión firme de nuestra “territorialidad”.

Por lo tanto, la piel puede considerarse como el primer cuadro defensivo de nuestra intimidad; la primera fortaleza de nuestra mis-

midad sería la piel, algo así como un escudo formal del yo.

Conclusión

Cualquier cosa que se acerque a nuestros tegumentos amenaza nuestra integridad. Ergo, la proximidad de la cosa pegajosa es condición especial del asco. Naturalmente considerando que el asco es un mecanismo fisiológico al servicio de la defensa.

Correlatos del asco, antiasco

Para mejor situar el cuadro fenomenológico del asco intentaremos dar el concepto de antiasco a través de su polaridad opuesta. Muchas veces logramos entender un concepto estudiando su correlato antagónico. ¿Cuál sería el correlato opuesto al asco? He aquí una lista que intenta definir el correlato complementario de los cuatro tipos fundamentales del asco:

El correlato del asco *digestivo* sería el *antojo*.
El correlato del asco *olfatorio* sería el *perfume*.
El correlato del asco *táctil* sería la *caricia*.
El correlato del asco *visual* sería la *belleza*.

Medítese cada uno de estos binomios y acaso lleguemos al fondo de una polaridad esencial que nos haga entender el asco desde su origen metafísico.

Aspecto moral

Por extensión también encontramos conductas asquerosas en la vida del hombre.

La corrupción es el nombre que aplicamos a la moral perdida que emana del hombre abyecto.

Entre las motivaciones del asco moral encontramos estas cuatro: incesto, homosexualismo, enfermedad y tartuflismo. Esto en primera aproximación. Cada una de ellas merece capítulo aparte.

No sólo hay asco de estómagos sucios, también hay asco de mentes sucias y de almas sucias. Así como hay sustancias que nos producen asco antes de probarlas también hay ideas que nos asquean antes de haberlas asimilado. Este asco sin previo hartazgo sería la

fobia o repugnancia intelectual que surge frente a un hombre de conducta abyecta.

En el vocabulario corriente ante estos hombres se habla de una conducta reptante porque son gente comparable a los gusanos. En México se llama “lambiscón” al que pretende triunfar por caminos poco limpios: asquerosos.

Hay un asco moral que merecería un meditación aparte: la “tortura”.

En el libro de Henri Alleg, *La Tortura*, hay un prólogo de J.P. Sartre que aclara este aspecto del asco moral. Nos explica que cuando se torturaba a los franceses de la calle de Lauriston donde los esbirros de Hitler habían instalado las “chuecas” del martirio con picas eléctricas, arrancamiento de uñas, la rueda... él sentía rabia, ira, cólera contra las bestias nazis que eran capaces de tamañas barbaridades.

Pasó la guerra y a la vuelta de diez años vino a enterarse de que sus hermanos franceses hacían exactamente lo mismo con los argelinos que no querían someterse a la voluntad del francés. Ahora —dice Sartre— lo que siento no es rabia contra los torturadores, siento un asco moral que me revuelve el estómago y me reduce a NADA. Somos una miseria repugnante y asquerosa.

La mujer, punto aparte

Siendo la mujer más propensa al asco, es natural que haya desarrollado una mayor línea ofensiva-defensiva para vencerlo. La mujer ha cultivado todas las formas de la caricia hasta llegar a una sublimación lírica del asco. Aunque no tenga conciencia de las impurezas de su fisiología, compensa ese sentimiento con un afán de limpieza que viene a ser un sentido instintivo de purificación. Es una oblación de penitente frente a sus miserias fisiológicas. La mujer canta himnos a la pureza de su propio cuerpo porque lo siente o presiente como arca divina para la maternidad. Pero como dice Simone de Beauvoir, durante toda su vida la mujer vive postrada de hinojos ante sus calendas púrpuras.

Cuando, más adelante, ya no le sirve el cuerpo para la maternidad, ni para el amor, la mujer siente el asco de su propia fisiología. Esto lo siente mejor que nadie la soltera desenga-

ñada, o la matrona que ya dio todos sus hijos y penetra en una menopausia otoñal.

La mujer sabe perfectamente que por el amor se llega a vencer el asco.

Y lo sabe el “misionero” que cura al leproso o acaricia al cuerpo impuro.

Al fuego del amor estas enseñanzas se transmiten como teas ardientes y de aquí surgen corazonces encendidos por la vocación como San Francisco de Asís, San Juan de Dios o Santa Teresa de Avila; ejemplos de asco superados por el amor cristiano.

Asco insuperable

Sólo hay una forma del asco insuperable: el asco metafísico original, del que la mujer no tiene conciencia clara. Ya vimos cómo de allí pudo surgir el asco fisiológico, para todo lo que resta. Tal sería el asco frente a la serpiente, cuya ascendencia nos viene del Libro Santo.

Todas las demás formas se pueden superar a través del amor, y de la penitencia. Recuérdese la sencillez y la naturalidad con que la mujer asiste al enfermo tocada por impulsos de ternura que la hacen manipular sin temor, excreciones y ropas contagiosas.

Es esta voluntad que lleva a la mujer a penetrar dócilmente en el dolor ajeno; como quien cumple una expiación penitencial de profunda significación purificadora.

La misma mujer que repele sus menstruos fisiológicos, parece sentir una inefable iluminación interior al contacto de las escorias ajenas; escorias que le hacen sentir profundamente su elevado sentido de caridad.

A veces este grado de superación del asco ha originado altísimas formas de feminidad. No otra cosa fueron Florencia, Nightingale o esta “Teresa” de Calcuta recién pintada de Premio Nóbel.

Asco y violencia

En cambio, el varón jamás logra superar el asco por la vía de la ternura. El varón lucha contra el asco por el camino frío de la ciencia. El médico y el guerrero, han logrado vencer su repugnancia frente a las miserias humanas, miembros rotos y vientres abiertos; como el biólogo investigador ha superado su asco al

pus, a las heces y a las gusaneras. Sólo los ascos esenciales se resisten a la varonía.

Veremos esto más adelante cuando estudiemos las leyes del asco a través de la fisiología de C. Richet.

La mujer es limpia esencialmente. Desde adentro. El varón quiere ver limpios a los demás sin preocuparse de sí mismo. Por ello, el sabio desastrado y el guerrero desaliñado, no perdona a una mujer sucia ni a un vecino revestido de mugres y caspas... aunque él mismo tenga mucho qué desear.

Limpieza y asco

El mayor halago que podemos hacer a una mujer es proclamarla “pura y limpia”. Precisamente porque ella misma tiene barruntos de sus orígenes y evidencias periódicas de sus calendas menstruales, sucias y asquerosas.

Para los oídos de una mujer, “ser limpia” suena a ser pura. Lo virginal es lo limpio. La sensación de sucio nace de su asco original. Por esto el acto de lavarse o bañarse crea en ella un sentimiento de purificación.

Este sentimiento es probablemente el que alcanza a las religiones con ritos de purificación penitencial a manera de abluciones y sumersiones lustrales.

Durante las 72 horas, previas a sus calendas, la mujer primaria todavía tiene el sentimiento de ser impura. Fisiológicamente es verdad que estas calendas menstruales sirven para eliminar catabolitos y sustancias tóxicas. Pero la mujer que no conoce su fisiología científicamente, presiente su papel de emunctorio genital.

Purificación a través del amor

El amor es la forma más alta del ordenamiento femenino y es a su través, que no del sexo, como se obtienen las esencias purificadoras más eficientes. Prueba de ello la tenemos en su valor contrario cuando la feminidad averiada —“prostituta”— muestra una inclinación por el desaseo y la suciedad personal. Es tradicional la negligencia de la prostituta abandonada.

La mujer auténtica se limpia y purifica para sentirse digna. Es que sin saberlo gravita en su subconsciente lo sucio del pecado original. El alma femenina intenta liberarse de esta impu-

reza metafísica con sus anhelos de limpieza; preparación casi religiosa para elevarse a su condición amorosa.

La homosexualidad y la higiene

Es fácil comprobar que el varón homosexual siente un elevado afán de limpieza que alcanza hasta la minucia más insignificante: cuerpo, vestido, casa; y viceversa, cuando la mujer lesbiana abre su vida hacia el lado varonil, surge en ella la suciedad tanto en su persona como en su hogar... aunque persiste en ella el asco frente a la mugre ajena.

Existen dos formas de mujer desfeminizada.

- a) Prostituta por servidumbre (de orgasmo lento y tenue).
- b) Prostituta viriloide y viciosa (de orgasmo inmediato y fuerte).

La primera es limpia y dócil. Va dispuesta a todas las abyecciones coprológicas por deber “profesional”; la segunda es sucia, y si alcanza la abyección sexual es porque al relajarse los imperativos del asco, dan paso al sentido vital de cualquier “cosa” de las que, indebidamente, llamamos “vicio”.

El pecado como algo que mancilla

De pronto, la mujer quiere llorar y no sabe por qué. Es que en su inconsciente el “pecado” se confunde con lo “sucio”, y su afán de limpieza radica en su sed de “penitencia”. Su atracción toma la forma de asco moral; de ahí el sentimiento de pecado como mancha. La infidelidad le hace sentirse arrepentida, sucia, manchada, indigna, pecadora... por asco a sí misma experimenta una voluntad de purificación penitencial que la lleva a un sacrificio silencioso que ni ella entiende. Muchas grandes vidas de mujer se deben a este sentimiento de sublimación. Acaso las más altas formas de santidad han nacido del profundo asco moral por su alma inicialmente mancillada; Santa Teresa, Sor Juana...

Y mientras el dolor moral del varón tiende a la ira (soberbia herida), el femenino crea esta atmósfera reblandecida que es propicia para el llanto. Tras de llorar, el alma se siente limpia y purificada, como si las lágrimas lavaran el corazón. El alma que se humedece en la ternura

experimenta el inefable anhelo de lavarse, de querer llorar por dentro.

El arrepentido está "limpio de corazón" y el que llora es que se ama a sí mismo. El que no es capaz de llorar, dice P. Caba, no es capaz de segregar el rocío del arrepentimiento. Es un empedernido; es decir "petrificado", o lo que es lo mismo, se ha hecho piedra. Si no es capaz de llorar es que está enronquecido por el odio a sí mismo.

El odio endurece, como el amor ablanda. El que no sabe arrepentirse es porque no siente la propia suciedad y está condenado a pecar eternamente.

Nada consuela tanto como el arrepentimiento, y el arrepentimiento es siempre una ternura que oculta un amor profundo. Lo que lava y purifica es el amor.

Por ello, la prostituta cree que el dolor de parto y el amor al hijo la limpiarán de todo... hasta de las enfermedades venéreas.

Obscenidad y asco sexual

Pero donde suciedad y pecado se confunden en un solo asco es en la relación sexual, cuando ésta es meramente genital. La mujer siente un profundo asco hacia el acto sexual, frío, es decir al "acto sin amor". Cosa que no le sucede al hombre. Los prostíbulos masculinos no han tenido ningún éxito... Los femeninos son antiguos como la humanidad.

Parecería que el cuerpo de la mujer no fuese suyo. Lo siente como un depósito para entregarlo a "alguien". Por esto el acto sexual en sí mismo, tiene acentos repugnantes para la mujer bien timbrada. Por esto las palabras obscenas que aluden a lo pudendo provocan en la mujer una sensación visceral parecida al acto físico. Al paso que son monedas corrientes entre los hombres.

Cuando surge una mujer de palabra obscena hay algo que asquea incluso al varón. Una especie de fetidez animal. Lo opuesto a todo esto sería el recato, lo íntimo y lo privado.

La mujer pública que se da sin asco ni deseo es despreciable. La prostituta se entrega sin voluptuosidad y sin poesía. También es obscena la otra forma de prostitución. La mujer ardiente, frenética y viriloide que en lugar de entregarse va a la posesión del hombre con senti-

miento de desquite y rencor difícil de precisar.

En ambos casos, la falta del asco sexual, es decir, la entrega sin asco es un signo de baja feminidad; un sentido ciego de servidumbre animal. En ninguna de las dos hay amor, y sin amor, la verdadera mujer siente dificultad de "entregar"; cosa que no sucede al varón que no precisa del enamoramiento para lograr la conjunción sexual.

El libido varonil puede ser ciego. Es un instinto de animal carnívoro que centrifuga todo asco posible. El olor del sexo le parece agradable como también el sudor axilar. El hombre puede cumplir con el hambre sexual de forma burda e inespecífica. Su tristeza *postcoitum* de que nos habla Plinio no es hartura del animal saciado, sino mejor, insatisfacción de cazador por la pieza cobrada. El varón es tan bruto que con frecuencia no distingue entre "placer" y "amor". Y puede llegar a confundir lo visceral con lo espiritual.

2o. Ascópatas

Aunque el capítulo es largo y difícil haremos una clasificación general utilizando algunos casos clínicos.

En principio podemos precisar dos tipos de enfermos ascópatas.

- a) Los que tienen asco "por nada".
- b) Los que "nada" les da asco.

Las raíces de ambos "ascópatas" con frecuencia las encontramos escarbando el pasado histórico de cada quien. Su anamnesis personal o biografía.

Casi siempre la conducta infantil nos da la explicación del ascópata adulto.

Así por ejemplo, hemos conocido mujeres que se estremecen de "ascos" con sólo invocar la palabra "semen" y otras que a los dieciséis años tragaban el esperma con la mayor naturalidad.

Estas últimas, una vez interrogadas convenientemente, nos han explicado cómo, desde su primer noviazgo, degluten la eyaculación espesa y blanca que dicen "tibia" y agradable.

Por lo regular se trata de mujeres jóvenes, vírgenes, cultas y en cierto modo ingenuas. Casi siempre fueron "mocosas" durante su infancia y con especial afinidad para tragar las excreciones rinofaríngeas.

Como ejemplo de ascopatías negativas recordaremos tres casos de nuestra casuística.

1) J.A.B. Estudiante de medicina argentino. Descubrimos su ascopatía negativa o anascopatía en el transcurso de las prácticas habituales de fisiología humana de la Universidad de Córdoba. Para estudiar los reflejos medulares en el animal se utilizaba el sapo *Bufo arena-rium* Hensen al que teníamos que descerebrar para poder explorar y graficar las leyes de Pflüger; lateralidad, contralateralidad y totalidad.

El problema previo de la descerebración del sapo obliga a tener fuerte al animal con las dos manos y aún así, el sapo, muy resbaloso, se desliza fácilmente. El “Bufo” argentino es muy grande y pegajoso (los hay que pesan 300 y 400 gramos y no es raro encontrarlos hasta de medio kilo) por esta razón, para llevar a término la práctica, deben ser dos los ayudantes que practiquen: uno hace la contención del animal y el otro la subsiguiente descerebración.

Descubrimos al anascópata J.A.B., porque resolvía el problema con mayor facilidad. Teniendo fuertemente al sapo con las dos manos, se lo ponía a las fauces y de un bocado cortaba la cabeza del animal respetando el maxilar inferior. En unos segundos dejaba el sapo perfectamente descerebrado.

A continuación escupía la cabeza y pasaba a otro y a otro, y en menos de 10 minutos descerebraba los 22 sapos que integraban los animales de todas las mesas de trabajo.

Hay que advertir que para decapitar el sapo (dejando intacto el maxilar inferior) era indispensable actuar con el índice de la mano derecha para iniciar una separación angular de la boca que el muchacho terminaba de abrir con su propia lengua. Luego presionaba al animal para que penetrara en sus fauces suficientemente para poderlo “cercenar”.

Tenía mucho éxito entre todos los grupos a los que facilitaba un trabajo que para casi todos los novatos en técnicas de laboratorio resultaba altamente asqueroso.

2) J.M.E. Otro caso semejante es el de un naturalista, hoy día hombre de gran relieve entre los científicos de su especialidad que cuando joven salía de excursión para recolectar muestras, volvía triunfante con un acopio de insectos para la colección del museo que

nos dejaba a todos perplejos.

La razón de su éxito estaba en su radical anascopatía para toda la fauna entomológica. En estas excursiones se trataba de seleccionar aquellas piezas que por ser nuevas eran importantes para la colección del museo. Su técnica era la siguiente: en pleno campo de trabajo localizaba la piedra que por sus condiciones de humedad y tamaño suponía muy rica en insectos. Levantaba bruscamente el monolito y ante el espectáculo de veinte o treinta animales descobijados que corrían por los cuatro costados, J.M.E., rápidamente los atajaba con las manos uno a uno y los depositaba en su boca. Allí los retenía cuidadosamente para no mutilarlos y a su vez mantenerlos vivos, hasta depositarlos con igual cuidado en bocales precisamente preparados para su transporte definitivo.

3) El tercer caso es el de una estudiante de medicina que por haber reconocido su gran sensibilidad a los olores y una tendencia especial a una conducta regresiva a su infancia, interrogamos a sus padres acerca de sus hábitos infantiles. Su madre nos contó con gran detalle que por su defecto innato (de lamerse el labio superior con mocos), con frecuencia la castigaban y la amonestaban duramente. Entonces la niña se las ingenió para recoger cuidadosamente, sus excreciones nasales que depositaba en una cucharita... y una vez juntadas las comía de escondite, paladeándose a su gusto, lo que hacía ávidamente.

Deberíamos completar este capítulo con todo lo que se ha descrito referente a “coprología” y “necrofilia”. Conceptos que por lo regular se despachan con el epíteto de “trastornos mentales” o “vicios infantiles” en lugar de hacer una revisión a fondo de los mecanismos ascófilicos y ascófobicos y su vertebración al concepto doctrinal del asco.

Ascopatías positivas

Frente a estos ejemplos de anascopatías deberíamos relatar otros tantos del grupo contrario; a saber, los enfermos que tienen asco de cualquier cosa, los que hacen náuseas de todo. Este capítulo sería fácil de llenar revisando la conducta de los anoréxicos e inapetentes. Casi todos ellos son extremadamente sensibles al

asco. Una turbidez del vino, una partícula insignificante de nata de leche, una supuesta alteración del refresco, aunque no sea verdad, el solo imaginarlo les produce náuseas que pueden conducir al vómito y a un estado de posturación.

Merecería una meditación especial el caso de la mujer embarazada, primordialmente la que padece de gestosis o intoxicación gravídica.

Por este camino deberíamos estudiar también el asco tan obscuro como menospreciado de los "caprichos" y "deseos" de las mujeres gestantes. De su real existencia nadie puede dudar. Sería de gran utilidad, para llegar a una explicación de su patogenia, vincular su presencia con su biografía. Una anamnesis podría revelarnos la razón de su conducta frente a una toxicidad gravídica.

30. *Aplicaciones prácticas*

El estudio sistemático del "asco" entendido como mecanismo de defensa puede tener aplicaciones prácticas de vasto alcance.

Tentativamente haremos una enumeración de los que consideramos más importantes.

Aplicaciones fisiológicas. Para entender los mecanismos de defensa, para estudiar el mecanismo de correlación entre apetito y anorexia, entre avidez y saciedad. Para estudiar la

fisiología de la náusea, arcadas y vómito esencial.

Aplicaciones antropológicas. Para conocer la participación de los mecanismos defensivos en la estructuración de la personalidad. "Constitución corporal" y tendencias ascófilas o ascófobas. Relación entre temperamento y naturaleza ascófila o ascófoba. El carácter, la voluntad y el asco esencial.

Aplicaciones clínicas. Fundamentalmente el estudio de las intoxicaciones con cuadros digestivos. Los trastornos coprofágicos y necrofílicos. Los trastornos nerviosos (neuróticos y psicóticos) con tendencia al vómito. Los delirios con acento somático.

Aplicaciones farmacológicas. Para conocer el farmacodinamismo de ciertos medicamentos como el *Antabuse* cuya eficacia se atribuye al asco que desencadena el medicamento cuando el enfermo conjuga el alcohol con la droga.

Es un punto de meditación que puede ser de alcance antropológico el hecho de que el cuadro tóxico que se presenta al drogadicto cuando se le suprime, de pronto, el fármaco, vaya siempre acompañado de náuseas, arcadas y asco.

El mecanismo no es el mismo que el del *Antabuse*, pero la farmacología es muy parecida.